

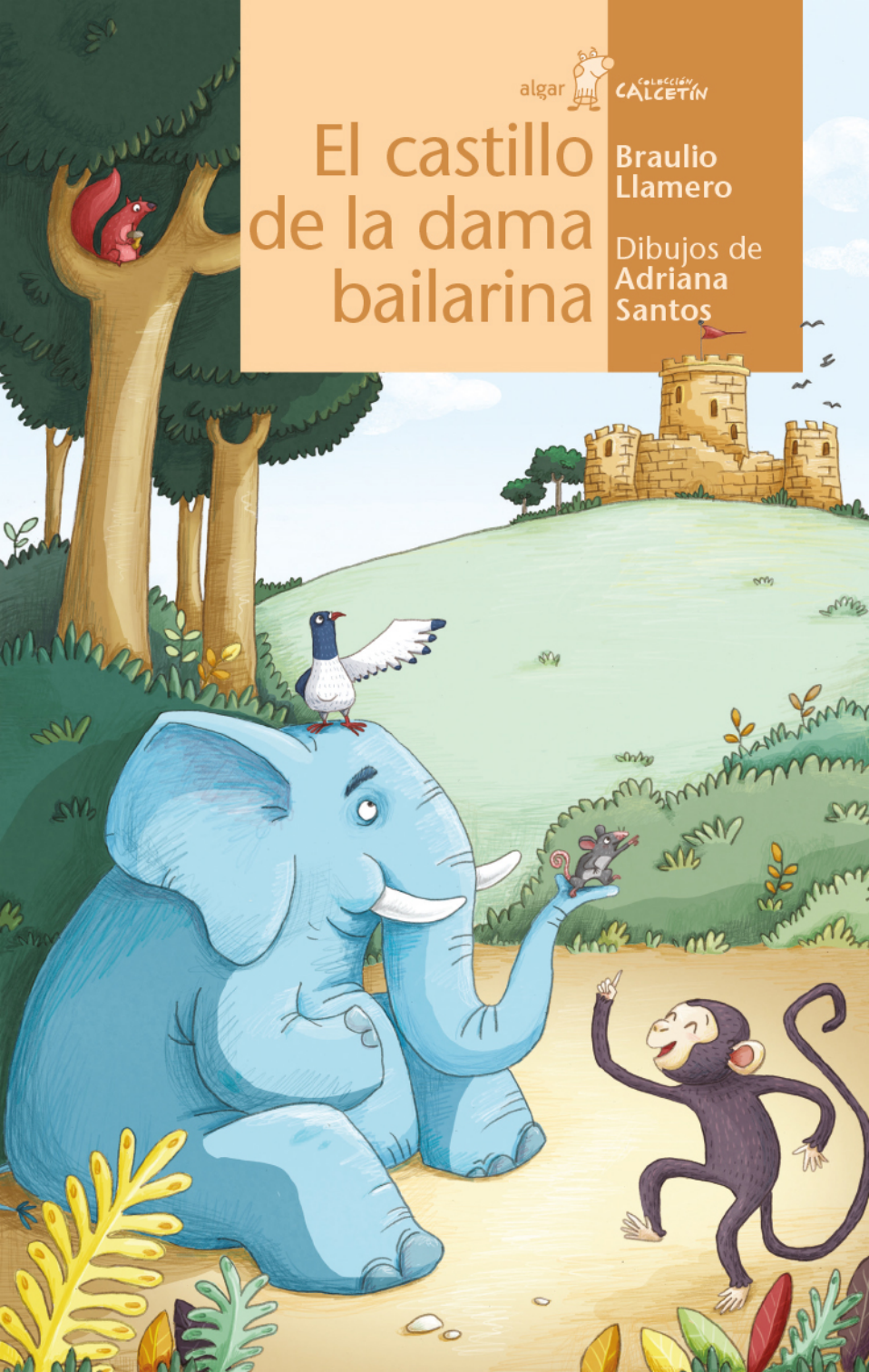
algar 

COLECCIÓN  
CALCETÍN

# El castillo de la dama bailarina

Braulio  
Llamero

Dibujos de  
Adriana  
Santos





1

Una jirafa que desaparece,  
un elefante que quiere ir a buscarla  
y un circo que anuncia el cierre

En el Gran Circo Exótico las cosas no marchaban nada bien. Bueno, iban fatal.

La jirafa Clotilde había desaparecido. Aunque era del circo, no actuaba. Pero era pieza clave en los desfiles. Su cabeza se veía desde la otra punta de cualquier barrio o aldea. Caía bien, no daba miedo a nadie y era lo más exótico que tenía el Gran Circo así llamado.

5

Por eso, cuando desapareció, el director le dijo a Blas:

–Cerramos. Se acabó.

–Tampoco es eso. ¡Con cambiar de nombre!

Blas era hermano del director, que se llamaba Mauro. También era el payaso porque siempre había sido el más gracioso de los dos.

–¿Qué tiene que ver el nombre?

–Sin jirafa no somos tan «exóticos».

–Queda Ramiro.

–Eso sí.

Ramiro era un elefante. El único que tenían.

Ramiro sí actuaba. Bailaba un poco. O levantaba las patas traseras, haciendo el pino. O se ponía con las patas delanteras para arriba, como si lo estuvieran atracando. O cogía agua con la trompa, duchaba al payaso y el público se partía de risa.

Sin embargo, pese a recordar que aún tenían un elefante, el director siguió con la misma cara larga.

—De todos modos, sin jirafa no vamos a parecer un circo serio. Daremos risa.

—¡Mejor, lo que me gusta a mí!

—¡Lo digo en serio! ¡Se acabó! ¡No hay más circo!

Blas se puso a imitar su voz, haciendo muecas:

—*¡He oído pedos! ¡No fui yo! ¡Sería Ramiro!*

—¡No he dicho eso! He dicho: «Lo digo en serio, se acabó y no hay más circo».

—*¡No he dicho pedos...!* ¡Blablablá, blablablá y blablablá! —volvió a burlarse Blas.

Mauro era muy serio y un gran director de circo. Si había que echar una bronca, la echaba. Pero también tenía la risa un poco floja. Y su hermano Blas se la sabía despertar. Así que no pudo aguantarse y soltó una carcajada, pese a estar enfadadísimo.

De momento, el circo se salvó.

Lo malo es que las cosas andaban fatal desde antes de que la jirafa se fuera. Iba poca gente a ver el Gran Circo Exótico.

Se suponía que el domador de pulgas era buenísimo, pero los espectadores se quejaban de no ver nada.

–Que se pongan gafas –soltaba Modesto, el domador, ante las críticas.

–¿Quiénes?

–Esos que no son capaces de ver mi fabuloso espectáculo.

Al director se le ponía el rostro de todos los colores.

–¡Pero si yo tampoco lo veo, ni con una lupa! Modesto se encogía de hombros.

–El arte siempre fue difícil de entender para la chusma.

–¿Qué me has llamado?

–Chusma.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Honorable pueblo llano.



—¡Ah!

Todos los días el director le decía a su hermano:

—De mañana no pasa. Echo a Modesto. No hace nada y se aprovecha de nosotros.

Pero en el fondo era un blando, un buenazo; le daba un corte terrible despedir a alguien. Y allí seguía el domador de pulgas, con un espectáculo grandioso que solo él podía ver.

Lo del mago era distinto: no ganaba para conejos. Perdía uno en cada actuación.

—Tienes que fijarte más, Herodes —le reprendía el director, que también era el taquillero.

—Ya, si me fijo. Pero cuando lo hago desaparecer, desaparece. Y a saber dónde está.

—Me das dolor de cabeza.

El mago Herodes había sido uno de los grandes, pero desde que había cumplido ochenta años no le aparecían ni la mitad de las cosas

que hacía desaparecer. El director creía que era cosa de la edad. Herodes aseguraba que el único problema era su magia, demasiado poderosa incluso para él.

—¡Y ahora, señoras y señores, vean cómo desaparece este conejo en mi sombrero...! ¡¡Ale-hop!!

Los aplausos eran tremendos. Pero al director le daban ataques cuando Herodes iba a verlo después de cada sesión.

—Necesito otro conejo.

—¡Pero si llevamos veinte este mes! ¡Haz otros números! —le suplicaba Mauro.

—Ninguno me sale mejor que este —se justificaba Herodes.

Y el director acababa diciéndole a su hermano, en cuanto estaban solos:

—Te digo que cierro el circo. No aguanto más.



Estaba también lo de Lucas, el forzado.

De joven había sido forzado de veras. Era grande, musculoso y con un bigotazo negro que le llegaba de oreja a oreja. Según al pueblo al que fueran, levantaba una vaca con las manos o un burro o un carromato. La gente se rompía las manos de aplaudir.

Pero un día, al levantar un tractor sin remolque, la espalda le hizo: «¡CATACRAC!».

Él dijo «¡uy!» porque hubiera estado feo decir «¡ay!» siendo un forzado. Pero no volvió a ser el que era. La fuerza se le fue.

Con ayuda del mago, ideó un número distinto, muy vistoso, pero con un poco de trampa. Se le veía levantar bolas enormes, que parecían pesar cientos de kilos. Pero se trataba en realidad de globos negros que no pesaban nada. Un día, en una actuación, uno de los globos estalló y se armó una buena.

Hubo que devolver el dinero a los espectadores y Mauro dijo:

–¡Se acabó! ¡Si no tienes fuerza, no tienes fuerza! Piensa en otro número que no sea de levantar peso.

Al forzado no se le daba bien pensar.

–Puede hacer de payaso conmigo –intervino Blas–. Como es grandote y yo pequeñajo, le arreo golpes y la gente se partirá.

–¿Tú crees? –preguntó Lucas, muy ilusionado.

–Sí, hombre. Verás. Por cada torta que te dé, carcajada que te crío.

Así fue. Y Lucas pudo seguir en el circo, como payaso. Pero números de forzados no hubo nunca más.

También el trapecio se había dejado de usar.

El último trapecista fue Ermelindo, a quien en los carteles llamaban «el hombre volador». Un día le prohibieron volver a trabajar. Tenía vértigos. Ahora ayudaba al director a vender entradas y barría la pista al terminar.

Domador hubo uno. Fue el que enseñó a Ramiro sus números. Pero el circo no le gustaba, era raro y no caía bien. Además usaba el látigo más de la cuenta. Al pobre Ramiro su aprendizaje le costó un montón de latigazos. El domador sostenía que ningún circo tenía futuro, que eran cosa del pasado. Un día se fue sin avisar. A nadie le hubiera importado gran cosa. Pero resulta que se llevó con él a la bellísima Clavicordia. Desaparecieron ambos en el caballo blanco sobre el que ella hacía su fabuloso número de ballet.

¡Aquel sí que fue un golpe para el circo! De la noche a la mañana se quedaron sin domador y sin el número de Clavicordia, que era el más aplaudido. Había un detalle más: Mauro, el director, estaba loco y secretamente enamorado de la bailarina. Menos ella, todos lo sabían.

Fue la primera ocasión en que se oyó a Mauro decir: «Cierro el circo».

Menos mal que a la mujer barbuda se le ocurrió la idea de los perros acrobáticos. A la mujer



barbuda, que se llamaba Transi, le gustaban muchísimo los perros. Tenía seis. El director la reñía a menudo por el jaleo que armaban, sobre todo cuando había luna llena. Pero ella conseguía que hicieran cuanto les ordenaba. Un día le dijo al director:

–Los niños adoran a los perros. Podría actuar con los míos en la pista. Haré que salten, den volteretas, pasen por aros ardiendo o jueguen al fútbol con balones.

Fue justo después de lo del domador y Clavicordia. El director estaba demasiado deprimido para discutir.

–Bueno, vale, allá tú.

La mujer barbuda salió con sus perros acrobáticos y cosechó un éxito arrollador. Transi no tardó en preguntar:

–¿Me puedo quitar la barba, ahora que he triunfado con los perros?

–Vale, como quieras.

Transi se quitó la barba, que era postiza.

Además, se maquilló, se hizo un peinado elegante y enamoró perdidamente a Ermelindo.

–¿Te casarás conmigo?

–Tengo seis perros y eso son muchas bocas que alimentar.

–¿Eso es un no?

–Es un quizá.

Ermelindo sonrió, feliz.

–O sea, un casi sí.

Desde entonces vivía feliz, esperando el sí total.

Y el circo, gracias a Transi, pudo superar la grave crisis provocada por la desaparición del domador y de la bella bailarina por la que suspiraba Mauro.

Sin embargo, eran cada vez más golpes, más problemas y menos espectadores. El mismo Blas, aunque sacara risas de todo, sabía que al Gran Circo Exótico se le estaba acabando la cuerda.

Tras la desaparición de la jirafa, le costó evitar el cierre. Y ya ni lo intentó cuando dos días después el elefante Ramiro se presentó ante su hermano y dijo:

–Me voy.

–¿Tú? ¿Adónde?

–No hay más remedio.

–¡Pero qué dices! ¡Somos tu única familia!  
¿Cómo te vas a ir?

Ramiro arrastraba la trompa, mirando al suelo, y hasta pareció que la piel le temblaba un poco cuando contestó:

–Tengo que ir en busca de Clotilde.

–¿La jirafa?

–Es mi amiga. Quizá le haya pasado algo.

El director lo miró sin comprender:

–La estuvimos buscando y no dejó ni rastro.

A saber adónde habrá ido.

–¿Y si está en peligro?

–¿Clotilde? ¿En peligro? Se habrá ido porque se habrá cansado de este circo, que es una calamidad.

Y punto y sanseacabó. No le des más vueltas, Ramiro. Si hubiera querido algo de ti o de los demás, nos lo hubiera dicho. No te calientes el cabezón.

El elefante lo escuchó respetuoso, pero no dio su trompa a torcer.

—Lo siento. He de ir a buscarla.

Mauro se encogió de hombros, resignado:

—Allá tú. Al fin y al cabo, la gira terminaba en este pueblo. Pero vuelve antes de que empecemos la siguiente, ¿vale?

—Veremos.

Mauro le dio un abrazo y una billetera:

—Necesitarás dinero para andar por ahí.

—Gracias, jefe.

—¡Bah! Te lo has ganado.

—Adiós, Mauro.

—Adiós, Ramiro.

En esa ocasión Blas no dejó que su hermano dijera lo de siempre. Lo soltó él:

—¡Cerramos! ¡Lo sé! No tiene sentido programar más giras. Sin jirafa y sin elefante, con



un mago desmemoriado, sin bailarina y sin domador, con un trapequista con vértigo, una mujer barbuda sin barba y guapa, un forzudo sin fuerza... es ridículo continuar. Hasta aquí hemos llegado y ha sido un placer.

El director del circo miraba a su hermano con la boca abierta.

—¿No debería ser yo quien dijera todo eso?

—Sí. Pero lo he dicho yo. A ti te toca hacerme reír.

—¡Para risas estamos!

Al día siguiente, el carromato que hacía de entrada y taquilla del circo quedó adornado por un nuevo cartel: «CERRADO». Aunque alguien le añadió, con mala letra y a mano: «de momento».

Después, Mauro le dijo a su hermano:

—Me voy a algún sitio con playa. ¿Quieres venir?

—Vale —dijo Blas.

—¡Yo os pondré las sombrillas! —se ofreció el antiguo forzudo Lucas.

–¡Me apunto! –gritó el mago Herodes, que los espiaba desde uno de sus cajones «de desaparecer».

–¡Y yo! –exclamó Transi, asomándose por una ventana desde el exterior.

–Pues, si se apunta Transi, apuntadme a mí –dijo Ermelindo, el extrapequista, saliendo de la esquina de las escobas.

–¡Y a nosotros! –se acercó gritando Modesto, el domador de pulgas, refiriéndose a él y a sus invisibles animales.

Mauro resopló, mirando al techo:

–¡Jolines con los patines! ¡Ni cerrando el circo me libro de vosotros!

Aunque todos sabían que en el fondo estaba encantado de no quedarse solo en una etapa tan deprimente.